

 Editorial

# **Antigua Modernidad y Memoria del Presente**

**CULTURAS URBANAS E IDENTIDAD**

Ton Salman y Eduardo Kingman  
EDITORES

**© 1999, FLACSO, Sede Ecuador**

Paez 118 y Patria, Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 232030

Fax: (593-2) 566139

E-mail: fcarrion@hoy.net

Registro derecho autoral: 012697

ISBN - 9978-67-046-7

Editores: Eduardo Kingman y Ton Salman

Edición: Alicia Torres

Diseño y diagramación: Rispergraf

Diseño de portada: Antonio Mena

Impreso en: Rispergraf

Quito, Ecuador, 1999

## INDICE GENERAL

Presentación 9

### PARTE I: ENFOQUES GENERALES

Introducción

Las culturas urbanas en América Latina y los Andes:  
lo culto y lo popular, lo local y lo global, lo híbrido y lo mestizo.  
*Eduardo Kingman Garcés, Ton Salman y Anke Van Dam* 19

Aplausos después del desfile: el estudio de organizaciones  
y movimientos sociales después de la euforia  
*Ton Salman* 55

### PARTE II: GENERO Y CIUDAD

Sobre machos, adúlteras y caballeros  
*Ana María Goetschel* 73

El encuentro entre ONG y pobladoras:  
Las organizaciones de mujeres en Santiago de Chile  
*Anke van Dam* 85

Masculinidades y cultura popular en Guayaquil  
*Xavier Andrade* 101

Diversidad y Esencialismo, ¿términos contradictorios?  
La sexualidad masculina en Lima, Perú.  
*Lorraine Nencel* 125

### PARTE III: CULTURA, POLITICA URBANA

Estudiar movimientos sociales urbanos: entre la teoría y la comprensión  
*Alvaro Sáenz Andrade* 147

La violencia urbana y sus nuevos escenarios  
*Fernando Carrión M.* 153

Prácticas cotidianas de resistencia  
*Gerrit Burgwal* 165

Continuidad histórica de la acción colectiva de los pobladores chilenos: Redes sociales e interacción estratégica. <i>Vicente Espinoza</i>	189
El Camal y los asuntos de raza y clase <i>Wendy A. Weiss</i>	219
Cultura que carga: Reflexiones sobre lo cultural en el análisis de las organizaciones y movimientos sociales en América Latina <i>Ton Salman</i>	237
<b>PARTE IV: VIDA COTIDIANA</b>	
Cartografías del pasado, ciudades del presente: prácticas populares en las ciudades del Altiplano Cundiboyacense (Andes orientales colombianos) <i>Adrián Eduardo Serna Dimas</i>	257
De la antigua caridad a la verdadera beneficencia: formas históricas de representación de la pobreza <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	281
“Que me perdonen las dos”: el mundo de la canción rocolera <i>Hernán Ibarra</i>	311
Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito <i>Marcelo Naranjo</i>	327
La propiedad, un sueño realizado: relato oral de los pobladores de La Argelia <i>Santiago Ortiz y Elvira Martínez</i>	337
La cultura del conventillo: el desarrollo humano en el casco central de La Paz <i>Paul van Lindert</i>	353
Colaboradores	369

# La violencia urbana y sus nuevos escenarios

Fernando Carrión M.

## Introducción

La violencia urbana se expande cada vez con mayor fuerza en las ciudades de la región. El incremento real de los eventos delictivos junto con el cambio en la percepción de la población sobre el fenómeno, provocan mutaciones manifiestas en las urbes latinoamericanas. Allí están las transformaciones en el urbanismo (amurallamiento de la ciudad, nuevas formas de segregación residencial), en los comportamientos ciudadanos (angustia, desamparo), en la interacción social (descenso en los niveles de ejercicio de la ciudadanía, nuevas formas de socialización) y en la militarización de las ciudades, amen del deterioro de la calidad de vida de la población.

En la región, según el Banco Mundial, el fallecimiento por causas externas (homicidios, accidentes y suicidios) representan el 20.5 por ciento del total de años perdidos por muerte y discapacidad en los hombres. Este dato a nivel mundial es de 15.3 por ciento. La OMS estima que alrededor del 7 por ciento de las defunciones se deben a estas causas y casi la tercera parte de las lesiones fueron ocasionadas por accidentes y violencias. A nivel mundial, durante 1985, los costos sociales y médicos superaron los 500.000 millones de dólares.

El predominio de población urbana, el incremento del número de ciudades y el acelerado proceso de urbanización en el territorio latinoamericano, llevan a concluir que América Latina se ha convertido en una región de ciudades, aunque no urbano. Esta realidad trae nuevos problemas, entre los cuales se debe mencionar el incremento significativo de la violencia delincuencia urbana.

Por otro lado, la crisis económica y las políticas implantadas para subsanarla, generalizan la 'inseguridad social y económica' y contribuyen a reducir los mecanismos de representación, a limitar los espacios de solución de los conflictos, a mercantilizar las relaciones sociales y a restringir las manifestaciones culturales propias de la cualidad de ciudadanía. Es por ello que, limitantes en el origen y fuente de la ciudadanía —entre otros factores— conducen al incremento de la violencia urbana y de la 'inseguridad ciudadana' y, por tanto, al deterioro de la calidad de vida de la población.

Conforme el fenómeno delincuencia aumenta, es la población, como víctima colectiva, quien lo reconoce como uno de sus problemas centrales. Una en-

cuesta aplicada en 1994<sup>1</sup> en la ciudad de Quito, permite comprobar que la población percibe la inseguridad como el primer problema (20.7%), el agua potable en segundo lugar (20.6%) y, tercero, el costo de vida (16.9%). Los resultados de la encuesta no son la excepción, sino la regla de la ciudad latinoamericana.

En definitiva, se trata de un problema crucial de la sociedad latinoamericana actual, él mismo que ha generado políticas para su enfrentamiento donde han primado enfoques que tienden a incrementarla en lugar de mitigarla. Este hecho, además, ha provocado que estemos asistiendo a los albores de un cambio en el escenario de la violencia (o de la guerra): del campo y las naciones a la ciudad; tema, desgraciadamente, poco conocido y explorado.

## **Delincuencia según día, clase y lugar**

La violencia urbana tiene un rostro factible de reconocer y de leer, rostro que es, también, una buena aproximación metodológica para su análisis. Desenmascarar el rostro de la violencia y sus factores desencadenantes son elementos necesarios para comprender el fenómeno y para diseñar políticas tendientes a mitigarlo y a reconstruir la ciudadanía. Sin embargo, eso no implica que actuando únicamente sobre ellas se pueda resolver la problemática.

Algunas dimensiones de este rostro son las siguientes: La violencia urbana, por su hondo contenido social, se expresa diferencialmente dentro de la ciudad, al extremo que es válido plantear la existencia de una 'geografía delictiva', en la que es necesario diferenciar los lugares de residencia de la víctima y del victimario del lugar de ocurrencia del delito. "Los individuos condenados por acciones delictuales provienen mayoritariamente de las comunas que reúnen población de menores ingresos y que presentan mayores problemas ambientales" (Oviedo 1994:291). En muchos casos también el lugar donde se produce el homicidio es distinto al lugar donde se encuentra el cuerpo del delito<sup>2</sup>. Esta realidad diversa conduce a una heterogeneidad de la expresión espacial del delito que se manifiesta en forma distinta en el centro o la periferia; el campo o la ciudad; en el espacio público o privado.

Se puede percibir claramente que la violencia delictual urbana de la centralidad es distinta a la de la periferia o que "ciertos espacios públicos o de interacción social como determinadas calles, pasajes, sitios eriales, centros de diversión,

---

<sup>1</sup> Encuesta aplicada por Informe Confidencial.

<sup>2</sup> Indudablemente que esta situación añade factores de dificultad a la construcción de una base estadística o de información confiable, porque institucionalmente la responsabilidad queda repartida –incluso– por los diversos lugares donde ocurre el proceso del delito.

botillerías, entre otros, pueden presentarse como zonas de socialización delictual. El acceso que los individuos tengan a estos lugares estará condicionado por la forma de ocupar o de vivir la ciudad” (Oviedo 1994:294). “De acuerdo a los resultados de la encuesta, las áreas centrales son consideradas, en relación a las barriadas, como las más peligrosas de la ciudad; y, entre las barriadas, las más antiguas en relación a las recientes y las más cercanas si las comparamos con las periféricas. Los tugurios, por supuesto son considerados mucho más peligrosos que las edificaciones barriales” (Del Mastro y Sánchez León 1994:213).

Pero así como la violencia delincencial tiene una forma de expresión territorial, también existe una ‘cronología delictiva’ diferenciada por meses, días y horas, aunque al respecto, indudablemente, tenga mucho que ver el calendario cultural de cada país y ciudad en particular. Algunas constantes son que en la noche ocurran más actos delictivos que durante el día; que los fines de semana (viernes y sábados) concentren los hechos de violencia; que el fin de año, navidad o carnaval produzcan más situaciones de violencia que otras épocas. Pero, además la violencia tiene una historicidad que permite entenderla como proceso en los grandes plazos y en las coyunturas específicas.

Si bien la violencia urbana tiene tipos y grados en los que se expresa, no se puede negar que afecta a la sociedad en su conjunto, aunque algunos segmentos de ella se encuentran más proclives al riesgo y a la vulnerabilidad. Es decir, hay una ‘sociedad delictiva’ que afecta de manera distinta a los grupos sociales según clase, género y edad. Pero también el delito tiene una organización social con una marcada división técnica del trabajo.

En la violencia se hace presente la utilización de medios o ‘instrumentos delictivos’ diversos para perpetrar las fechorías; sin embargo, cada vez tienden a primar las armas de fuego sobre las blancas. “En Medellín en 1980, aproximadamente el 60% de los homicidios se cometían con arma de fuego, y en 1990 la cifra se incrementó al 90%” (Corporación Región-Medellín 1994:42). Hay una forma ‘cultural lúdica’ en la que el alcohol y las drogas juegan un papel central dentro de motivaciones de la más variada índole.

## **La violencia no es un problema, es una relación social**

Para tener una comprensión de la violencia urbana hay que ir más allá del análisis patológico de las conductas individuales y partir de una concepción que la entienda como lo que es: un tipo particular de relación social. Esta consideración de la violencia como relación social permite entender la organización del delito, las distintas formas que asume y, sobre todo, diseñar políticas preventivas que vayan más allá de lo punitivo, represivo y de control.

Así la violencia urbana aparecería menos como un problema y más como producto de “una relación social particular de conflicto, que involucra, por lo menos, a dos polos con intereses contrarios, actores individuales o colectivos, pasivos o activos en la relación” (Guzmán 1994:170).

No se puede desconocer que el tema de la violencia delictual, como fenómeno social que se expresa en las ciudades, existe desde tiempos inmemoriales y que, por tanto, no es nuevo, al grado que se podría afirmar que es cosustancial a la ciudad. Tal afirmación replantea el análisis tradicional sobre el tema de la violencia –pero también de lo urbano– de aquellas metodologías que lo interpretan como resultado de un conjunto de patologías. Por ello, es preferible reconocer a la ciudad como un escenario de múltiples relaciones sociales, algunas de las cuales por su expresión conflictiva, se manifiestan de manera violenta.

La violencia es una relación conflictiva que surge de intereses y poderes que no encuentran soluciones distintas a la fuerza. Es un nivel del conflicto que no puede procesarse dentro de la institucionalidad vigente porque, por ejemplo, el sistema político está construido sobre la base de una representación social que tiene muchos vicios, en el que la legitimidad de los gobernantes se erosiona rápidamente, el clientelismo –como expresión de la privatización de la política– tiene sus límites, las relaciones de poder se fundan en la exclusión del oponente antes que en la inclusión, el consenso, la concertación, el acuerdo.

De igual manera, no es que el migrante sea violento como tal, sino que la sociedad urbana aún no ha procesado los conflictos del crecimiento que se expresan a través de factores provenientes de la crisis urbana: la falta de cobertura de los servicios, equipamientos, transporte; o la presencia de emergentes actores sociales, las nuevas formas de relación entre el campo y la ciudad, el fenómeno de la informalización o de la marginalidad en tanto exclusión de decisiones e inclusión diferenciada a la justicia.

La impunidad abierta o diferenciada es la forma más clara de la caducidad de los mecanismos de procesamiento de conflictos, un factor que conduce al descrédito de la policía, de la justicia y de toda la institucionalidad y que provoca que se legitime la justicia por manos propias, sea bajo formas encubiertas a través de los llamados ‘escuadrones de limpieza antidelictiva’ a los que se les atribuye varios asesinatos de delincuentes o, de modalidades abiertas, como los linchamientos periódicos que se observan en muchas ciudades.

## **El fantasma de la violencia urbana**

La violencia como fenómeno social que tiene expresión en las ciudades, existe desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, en la actualidad se ha convertido en uno de los problemas más importantes de la ciudad contemporánea.



A los problemas del transporte, de los servicios, de los equipamientos, de la vivienda, de la gobernabilidad urbana, etc. se debe incorporar el de las violencias. Tal hecho comporta el requerimiento imprescindible del diseño de nuevos mecanismos de política social y urbana que las contemplen porque no solamente es un problema adicional, sino que lo es en sí mismo. Así lo evidencia la alarmante situación de las urbes en las que prácticamente no hay espacio de la vida urbana donde las violencias no hayan penetrado y dejado sus efectos devastadores; tan es así que las encuestas de opinión demuestran como la población urbana, de manera creciente, plantea a la violencia como uno de los problemas centrales de nuestras ciudades. De esta manera, la violencia se ha convertido en un fantasma que recorre América Latina, tanto por su presencia cuanto por el desconocimiento de su realidad.

En los últimos años han aparecido nuevas violencias, inéditas manifestaciones de las antiguas y el incremento notable de todas ellas: las denominadas pandillas juveniles, el narcotráfico y sus secuelas, los 'caracazos' con sus distintas versiones, así como el desarrollo tecnológico y de la organización del delito son algunos ejemplos. Las cifras de algunos países traducen fielmente los efectos de esta situación: en Colombia, las tasas de homicidio se triplicaron en el período 1983-92, en el Perú se quintuplicaron entre 1986-91 y en Panamá se duplicaron entre 1988-90. De igual manera, en México los años de vida potencialmente perdidos representaron el 8 por ciento y en El Salvador el 21 por ciento (OPS).

## **Los jóvenes, principales actores**

En América Latina, los jóvenes, grupo poblacional entre 15 y 25 años, son los principales actores de la violencia, como agentes y como víctimas principales, lo que torna la situación aún más dramática. En la mitad de los países de la región, para este grupo poblacional, el homicidio es la segunda causa de muerte. Ello significa que la juventud de América Latina se merma moral y cuantitativamente, hecho que repercutirá en el futuro de la región. Sin embargo, los gobiernos locales y nacionales todavía no lo asumen con la debida propiedad.

El conocimiento que se tiene sobre el problema es escaso, al grado de que la relación violencia-ciudad se presenta poco clara. Por ejemplo, se ha encontrado que no hay una correlación directa entre el tamaño de una aglomeración, la calidad y cobertura de los servicios, con los niveles de violencia. Partimos del hecho que la violencia no es exclusiva de la ciudad y de que es preferible conocer los efectos de las violencias sobre la ciudad, que de ésta sobre la anterior. Asumiendo que la ciudad es el espacio principal para la construcción social, la constitución de la ciudadanía y la formación de una identidad colectiva, se concorda-

rá en que las violencias generan conductas contrarias a la convivencia social, tales como el individualismo, la angustia, la inseguridad y el marginamiento; las mismas que se producen porque hay características de la ciudad que tienen directa relación con la violencia: por ser la ciudad el lugar privilegiado de concentración de la diversidad y de la heterogeneidad, es el espacio donde se potencian los conflictos.

La conflictividad no es ni mala ni buena, mucho más si se constata que esta esencia de la ciudad ha provocado los mayores desarrollos sociales, económicos y tecnológicos de la historia de la humanidad. Por tanto, el problema no es la conflictividad sino la inexistencia de canales institucionales de procesamiento pacífico que provoca que ésta asuma formas violentas.

### **La violencia es multiforme y múltiple**

Las violencias que se desarrollan en las ciudades son variadas y multicausales. Está la violencia política que proviene de agentes organizados que buscan desestabilizar la institucionalidad estatal vigente. También se encuentra la violencia común que lleva a erosionar la ciudadanía. El Estado, a la hora de enfrentarlas, no establece diferencias entre ellas porque las inscribe dentro de los conceptos de seguridad nacional y seguridad del Estado; a pesar de que, en base a una constatación que requiere ser medida estadísticamente, se destaque que en la actualidad la mayoría de las violencias se dirigen hacia la población y una minoría de ellas hacia el Estado y sus órganos. Sin embargo, llama la atención que la acción del Estado sea inversamente proporcional.

### **La transnacionalización de la violencia**

Durante los últimos años se percibe un incremento y transformación de la violencia urbana, al grado de convertirse en uno de los temas más importantes del momento. Según Villavicencio (1994), en Guayaquil existen alrededor de 30 bandas organizadas dedicadas a asaltar bancos, comercios y casas, con un promedio de dos asaltos grandes por semana; 50 bandas que roban entre 5 y 8 vehículos diarios; 1500 pandillas que perpetran 30 asaltos diarios.

La delincuencia y la criminalidad han asumido nuevas formas en el Ecuador. Por una parte existe un incremento significativo de los actos delictivos como: asalto a buses, saqueo a camaroneras, robo a establecimientos comerciales, homicidios, secuestros, etc. y; por otra, parte de esta actividad se ha 'modernizado' a través de organizaciones con criterio empresarial y mayor complejidad, con

cuantiosos y variados recursos y con una importante infiltración en la sociedad y el Estado. En general operan a través de economías ilegales (no informales) bajo reglas impuestas por la propia violencia, en escenarios sociales donde se comercian armas, drogas ilícitas, sexo, artículos robados, o se desarrolla la 'industria' del secuestro y del 'ajuste de cuentas'.

Estas nuevas formas de la violencia han acarreado el nacimiento de nuevos actores y la transformación de los anteriores. No solo la ausencia de horizontes y la profusión de imágenes de consumo y placer está creando un nuevo tipo de delincuente, sino que la propia organización del delito requiere de otros personajes: el sicario, el pandillero, el gamín, etc.

La importancia creciente de la violencia no tiene relación con el bajo nivel de conocimiento y menos aún con la atención que se le concede pues es un tema que no ha sido incorporado en la discusión de los problemas del desarrollo y de las formas de vida urbana, con la urgencia y la prioridad que se merece.

Hoy la transformación e incremento de la violencia urbana se desarrolla a escala internacional. Según Castillo, "la violencia es uno de los reflejos más dramáticos de los procesos de globalización mundial" (1994:221) y, si bien es cierto que la violencia se ha convertido en una estrategia de resistencia de ciertos sectores de la población, opera también como una empresa transnacional. Aquello del Ecuador como isla de paz, no es más que una construcción ilusoria: tiene la tasa de muertes por accidentes de tránsito más alta de América, el incremento de la tasa de secuestros más significativa de América Latina y la de homicidios similar a la del Perú.

Según información disponible, América Latina se ha convertido en el continente más violento del mundo, con una tasa cercana a los 20 homicidios por 100 mil habitantes. En esta región están los países más violentos del planeta: Colombia, Brasil, Panamá y México. Ecuador se ubica en un puesto medio alto, pero en constante ascenso. La tasa de homicidios a nivel urbano ha aumentado dramáticamente en los últimos años: en Río de Janeiro, Medellín y Washington supera los 70 asesinatos por 100.000 habitantes.

Por la vía de los mercados ilegales se desarrollan verdaderas empresas transnacionales del delito; las de mayor peso son las del narcotráfico y en menor medida las involucradas con los asaltos a bancos y casas comerciales, el robo de vehículos y la depredación del patrimonio cultural, entre otros. Así como un carro o un cuadro robado en Ecuador se envía a Perú o Colombia para su comercialización, el Ecuador se convierte en mercado para los bienes sustraídos en otros países.

La televisión, el espacio de socialización más importante, está provocando un proceso de homogeneización cultural fundado en la violencia. En los Estados Unidos, según de Roux (1994), al finalizar la escuela primaria un joven habrá vis-

to un promedio de 8.000 asesinatos y 100 mil actos violentos. Al salir del bachillerato habrá pasado frente a un televisor el doble de horas que en el salón de clases y presenciado alrededor de 16.000 homicidios. Los programas infantiles de fin de semana muestran un promedio de 18 actos violentos por hora.

Los efectos económicos son cada vez mayores. En Colombia, según información de Echeverri (1994), el Ministerio de Salud estimó que en 1993 la violencia causó pérdidas por US\$ 1.250 millones. En gastos de atención a heridos por violencia, el Ministerio gastó casi US\$ 100 millones en ese año, lo que podría asegurar la vacunación completa de los niños colombianos en los próximos 20 años.

En Estados Unidos el costo del crimen llegó a la cifra de US\$ 425 billones por año, distribuida así: US\$ 90 billones en la justicia criminal (policía, cortes y prisiones); US\$ 65 billones en protección privada (alarmas, guardias privados, sistemas de seguridad); US\$ 50 billones por deterioro urbano (costos de empleos y migración de residentes); US\$ 45 billones de bienes robados; US\$ 5 billones por tratamiento de víctimas; y US\$ 170 billones de pérdidas por muerte y vidas destruidas. El costo de un caso de violación sexual es alrededor de US\$ 54.000 de los cuales 15% son costos directos. Se estima que la población posee más de 200 millones de armas de fuego. El 80% de las armas de fuego usadas en actos criminales son robadas o conseguidas en mercados ilegales. Más del 60% de los homicidios son cometidos con armas de fuego; y por cada homicidio con arma de fuego, ocurren seis heridos por bala. De igual manera, el consumo de alcohol per cápita aumentó en la mayoría de los países de América Latina. En el decenio anterior su incremento fue de 7% para Colombia y Chile, de 11% para México, 16% para Panamá y de 31% para Brasil.

## **Violencia y medios de comunicación**

La transformación de la escena urbana y su trama de relaciones sociales ha ocasionado que las instituciones en las cuales la ciudadanía se expresa, representa y constituye también se modifiquen, dando lugar a una organización social e identidad cultural donde la población busca su rol en un marco diverso y de reacomodo cultural de los actores.

La dimensión de lo público, como instancia de socialización y de mediación de lo individual, se encuentra en franco proceso de deterioro. Por ello, la identidad, como base de la articulación social y del sentido de pertenencia, tiende a redefinirse en ciertos grupos de la sociedad, tales como la juventud y en algunos de los ámbitos sociales. En este contexto, las instituciones tradicionales de socialización de la juventud pierden eficacia como articuladores sociales y evidencian

la crisis en que se encuentran. Es el caso de la ciudad, la familia, la comuna, la escuela, la fábrica y la iglesia<sup>3</sup>. Frente a esta situación se genera la transformación de las instituciones; el surgimiento de múltiples lugares no institucionales que juegan un rol fundamental en los procesos de socialización de la población y; la consolidación o fortalecimiento de nuevas.

Los espacios de socialización que dejan las instituciones tradicionales son asumidos por nuevos 'escenarios' como la televisión, la calle, el parque o la cárcel. La calle para el gamín es el escenario de trabajo, de educación y de vínculo social. La cárcel para el joven presidiario es la escuela de su vida. Pero es la televisión el escenario de socialización más importante para la juventud, tanto por el tiempo que la dedican como por el proceso de homogeneización cultural fundado en la violencia y el consumo. Los niños colombianos pasan casi dos horas viendo televisión por cada hora de clase. Los niños franceses entre dos y diez años de edad ven 1200 horas de televisión al año frente a las 900 que pasan en la escuela. En Bucaramanga, los niños de ocho años ven 3650 horas al año (Espínosa, 1993).

Los medios de comunicación se expresan principalmente a través de la prensa y la televisión. Los periódicos y revistas especializadas venden la violencia a un nivel primario, lo cual permite construir una percepción a todas luces distorsionada del fenómeno, no solo porque magnifican una realidad sino, porque insensibilizan a la población. De esta manera, banalizan la violencia al insertarla en la vida cotidiana en lugar de ayudar a erradicarla. De igual manera, la televisión difunde conductas violentas y genera modelos, valores y técnicas delictivas. En muchos programas se exalta la violencia bajo múltiples formas, se esquematiza la realidad a través de una confrontación maniquea entre buenos y malos y se modifican los tiempos de la vida real, con lo cual los paradigmas sociales se transforman notablemente. La juventud es la que, sin dudas, se encuentra en directa vinculación a esta situación. A los 16 años, un niño colombiano habrá visto 150.508 actos violentos, 17.520 asesinatos y 224.640 comerciales (Boletín ATVC, 1993)<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> "Con la modernización y la secularización, las instituciones tradicionales (Iglesia, familia, escuela) por diversas razones han perdido eficacia como cohesionadores de las comunidades y como instancias claves en el proceso de inserción de los individuos en un orden simbólico y normativo". (Corporación-Región Medellín 1994 :29).

<sup>4</sup> "Tres estudios nacionales en los Estados Unidos por diferentes instituciones llegaron a la misma conclusión: ver violencia en la televisión estimula el desarrollo de comportamientos agresivos, incrementa la violencia e insensibiliza hacia ella." (De Roux 1994:29).

## **Dos salidas equívocas: reprimir y privatizar**

Para hacer frente a la violencia delincriminal urbana, las autoridades han planteado dos salidas: la represión y la privatización. La primera ha sido la excusa para justificar el fortalecimiento de los llamados gendarmes del orden y para legitimar un tratamiento sensacionalista por los medios de comunicación, para lo que no se escatima esfuerzos y recursos, en ciertos medios de comunicación, sea filmando los hechos en vivo y en directo, profundizando las llamadas páginas rojas o difundiendo programas violentos. La segunda ha permitido que ciertos sectores, entre los cuales se encuentran policías jubilados, desarrollen empresas de seguridad privada con personal de escasa formación.

Mientras ciertos sectores sociales reclaman mano dura para que se proteja sus bienes y vidas y conciben al Estado (policía, ejército, justicia) como el garante de la protección colectiva, éste asume la seguridad ciudadana inscrita en los marcos de la seguridad nacional y estatal. Así, periódicamente se aplican operativos en los barrios populares con una estrategia de represión, amedrentamiento y seguridad inscritas en los manuales antisubversivos; se trata de operativos tipo rastrillo con gran despliegue de fuerzas y publicidad. Se confunde seguridad ciudadana con seguridad nacional.

En los últimos años se ha duplicado la población carcelaria en el Ecuador; hay un policía por cada 500 habitantes, sin tomar en cuenta las policías municipales, las privadas y de tránsito, el ejército y la formación de grupos civiles y paramilitares; además existen no menos de 180 empresas de seguridad privadas formales y más de cien informales. Los resultados de esta política no son muy halagadores y están a la vista: la violencia aumenta, la Policía se deslegitima por fuera y se corroe por dentro, la justicia acumula más casos de los que ventila y la institucionalidad en general se erosiona a pasos gigantados.

Sin embargo, existe una visión minoritaria, alternativa a la anterior, que mira con preocupación la renuncia del Estado a su rol de corrector de las desigualdades a todo nivel, a su condición de árbitro en la resolución de los conflictos y de garante del interés colectivo; hecho que puede generar un proceso contradictorio de construcción de ciudadanía y participación de la sociedad civil (en eso consistiría la seguridad ciudadana), por un lado, y del peligroso camino sin retorno del tomar justicia por manos propias, por otro.

El enfrentamiento al hecho delictivo arroja resultados preocupantes: en la sociedad civil se observa una erosión de la ciudadanía por cuanto los habitantes, primeras víctimas del fenómeno, empiezan a asumir mecanismos de autodefensa que modifican su conducta cotidiana: cambios en los horarios habituales, transformación de los senderos y espacios transitados, restricción de las relaciones sociales porque todo desconocido es un sospechoso; reducción de la vulnerabilidad

personal adquiriendo armas, perros, alarmas —que ya son parte del paisaje urbano— o aprendiendo defensa personal. Pero cada una de estas acciones de autodefensa de la población es a su vez, causa y efecto de un nuevo comportamiento social: angustia, desamparo, aislamiento, desconfianza, agresividad, individualismo. Y, por si fuera poco, la ciudad en construcción pierde espacios públicos y cívicos y generaliza la urbanización privada-amurallada que segrega aún más lo social, espacial y temporal; con lo cual, a la par que la población pierde la condición de ciudadanía, la ciudad relega su posibilidad de polis, foro y tianguéz.

### **Algunas propuestas**

La violencia, sin lugar a dudas, es un problema nacional de interés colectivo y público que compromete al conjunto de la sociedad y sus instituciones (no únicamente a la policía). La población, fuente y fin de la violencia urbana, debe participar en la solución del problema (por ejemplo, en lugar de privatizar la policía, dotarla de ciudadanía). Se requiere, también, una nueva institucionalidad que la asuma, en la que bien podrían participar la Municipalidad por ser el órgano estatal más cercano a la sociedad civil y a la vida cotidiana. En esta perspectiva, sería interesante que las municipalidades creen comisiones especiales de seguridad ciudadana en las que participen concejales, policía, intendencia, justicia, comisiones de derechos humanos.

Esta nueva perspectiva no será suficiente si no se controla la apología de la violencia que realizan algunos medios de comunicación y en especial la televisión, si no se modifican los factores de la cultura lúdica basada en el alcohol, el control de las armas de fuego, el desarme de la población y su monopolio por el ejército y la policía.

En el campo penal, las reformas deben basarse más en la búsqueda de una racionalidad jurídica fundada en el derecho ciudadano, en la desburocratización y agilidad de la justicia que en el incremento de penas; en el diseño de mecanismos que tiendan a resolver conflictos y espacios donde la ciudadanía pueda conciliar y hacer justicia. En suma, se requiere de una institucionalidad que procese los conflictos sobre la base de una pedagogía de la convivencia ciudadana inscrita en una estrategia de orden público democrático.

## Bibliografía

Boletín ATVC

1993

Carrión, Fernando

1994 De la violencia urbana a la convivencia ciudadana, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Carrión, Fernando

1997 Colombia: la violencia sin fin, en: *Iconos 1*, Quito: FLACSO.

Castillo, Héctor

1994 Violencia urbana y cultura en la juventud contemporánea. México, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Corporación Región-Medellín, Mimeo. *s/f*.

Del Maestro, Marco y Abelardo Sánchez León

1994 La violencia urbana en Lima, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Echeverri, Oscar

1994 La violencia: ubicua, elusiva prevenible, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Guzmán, Alvaro

1994 Observaciones sobre violencia urbana y seguridad ciudadana. Cali, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Oviedo, Enrique

1994 Percepción de inseguridad en la ciudad. Entre lo imaginario y lo real. El caso del Gran Santiago, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Roux, Gustavo de

1994 Ciudad y Violencia en América Latina, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencia en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.

Villavicencio, Gaitán

1994 Guayaquil: pobreza, delincuencia organizada y crisis social, en: Concha, Alberto; Carrión, Fernando y Germán Cobo (eds). *Ciudad y Violencias en América Latina*, Quito: PGU, Serie Gestión Urbana No. 2.